

EL FIN DE LA HISTORIA. TREINTA AÑOS DESPUÉS*

THE END OF HISTORY. THIRTY YEARS ON

Massimo La Torre**

RESUMEN: La caída del Muro de Berlín fue saludado por muchos analistas y académicos como el inicio de una nueva era. Con el fin de la Guerra Fría se vislumbraba una nueva etapa de paz y prosperidad. Tras la "revolución liberal" algunos avistaban el "fin de la historia". Pero tal esperanza se disipó rápidamente: la desaparición del "socialismo real" relanzó un capitalismo desenfrenado y no sólo en los países ayer bajo la órbita soviética. El ordoliberalismo entendido como el establecimiento de un modelo económico altamente competitivo y garantizado jurisdiccionalmente, se infiltró también en las instituciones europeas. La crisis del año 2010 vino a confirmar para Europa su deriva neoliberal, tecnocrática. La onda expansiva del 9 de noviembre de 1989 aún no ha concluido. Nuevas turbulencias aguardan. El Brexit también puede interpretarse en esta clave, como una empresa más de demolición, "liquidación", "liberalización".

ABSTRACT: *The fall of the Berlin Wall was hailed by many analysts and academics as the start of a new era. With the end of the Cold War, a new stage of peace and prosperity loomed. After the "liberal revolution", some sighted the "end of history". But such hope quickly dissipated: the disappearance of "real socialism" re-launched rampant capitalism and not only in the countries yesterday under the Soviet orbit. Ordoliberalism understood as the establishment of a highly competitive and jurisdictionally guaranteed economic model also infiltrated the European institutions. The crisis of 2010 confirmed for Europe its neoliberal, technocratic drift. The shock wave of November 9, 1989, has not yet ended. New turmoil waits. Brexit can also be interpreted in this key, as another demolition company, "liquidation", "liberalization".*

PALABRAS CLAVE: muro de Berlín, socialismo real, Unión Europea, ordoliberalismo, brexit.

KEYWORDS: *Berlin wall, real socialism, European Union, ordoliberalism, brexit.*

Fecha de recepción: 30/03/2020

Fecha de aceptación: 06/04/2020

doi: <https://doi.org/10.20318/universitas.2020.5513>

* Traducción de Francisco M. Mora-Sifuentes. Universidad de Guanajuato, México.

** Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad Magna Graecia de Catanzaro, Italia. Departamento di Scienza e Storia del Diritto. Viale Pio X, 250. C.P.: 88100. Catanzaro, Italia. E-mail: mlatorre@unicz.it

1.-

En el verano de 1989 me fue concedida una beca de la Academia de Ciencias de Alemania Oriental, la *Akademie der Wissenschaften der DDR*, para una estancia en Berlín oriental. Tal beca me fue otorgada con la finalidad de culminar mi investigación sobre la doctrina jurídica nacionalsocialista. Llegué a Alemania oriental, después de un viaje en tren vía Viena y Praga, a principios de agosto del año mencionado. Recuerdo un verano bastante aplacible que, aunque luminoso, no fue caluroso pero tampoco frío o lluvioso, como los que habían ocurrido años antes en el norte de Alemania. De tal forma que comencé a recorrer por todo lo largo y ancho el Berlín comunista, especialmente lo que constituye el eje formado entre *Unter den Linden* y *Friedrichstrasse*, que se interrumpía bruscamente en el *Checkpoint Charlie*, el punto de control entre las dos partes de la ciudad dividida.

La ciudad era bonita, si bien todavía se percibía y asomaba alguna que otra señal de la guerra y sus ruinas, revelando un pasado de total destrucción. No había signos de pobreza o escasez extrema. En los supermercados había alimentos, bienes de consumo, sin tantas restricciones, aunque, por supuesto, no había demasiadas marcas. La fruta fresca era escasa. No había plátanos, que eran objeto de una imaginación y deseo intenso por parte de los berlineses orientales. Pero la leche, los huevos, el café, el azúcar, etcétera, estaban disponibles sin problemas. Ello contrastaba bastante con lo que había visto en Polonia ese mismo año, donde había encontrado miseria y degradación. El olor a acre, el hedor de las ciudades, me recordaba el olor típico de los cuarteles pobres de mi ciudad siciliana. De vuelta en Berlín, restaurantes y cafeterías ofrecen comidas, platos de excelente calidad. Las calles estaban llenas de vida y, a lo largo del día, especialmente en la noche, se descubría una ciudad paralela, oculta, compuesta de comerciantes ilegales, lugares ocultos llenos de gente, autos privados (a menudo *Trabant*) que servían como taxis, había filas para entrar en un salón de baile con teléfonos en las mesas. Pero también había largas colas en la librería de la *Alexanderplatz*, en el centro de la ciudad, donde buena parte de los libros -la mitad, tal vez- estaban en ruso, además de los *MEW*, por supuesto, las obras completas de Marx y Engels en más de veinte volúmenes que pude haber comprado, pero no lo hice -y ahora lo lamento-, por unos pocos miles de liras. El tráfico justo a las afueras del centro estaba regulado en la rotonda por los paracaidistas del Ejército Rojo soviético, con un *parabellum* al hombro y la gorra puntiaguda con la estrella roja. Los domingos la ciudad estaba repleta de soldados rusos en sus días de licencia libre. En *Unter der Linden*, no muy lejos de la Universidad Von Humboldt, en *Neue Wache*, el cambio de guardia se realizaba diariamente con la rigidez del formalismo prusiano, incluido el paso de la oca. El uniforme y los cascos de los militares de la RDA recordaban mucho a los de la *Werhrmacht*, proyectando una sombra

inquietante. La impresión general era la de un mundo ordenado, al menos en la superficie, aislado y bajo observancia oculta constante, sostenida por mamparos herméticos, lentos pero como una olla de presión al fuego. El sentimiento de control y subordinación era permanente, y aquí y allá, algunos comentarios desprevenidos de algún extranjero, o un gesto grosero o autoritario de algún empleado, me lo hicieron sentir crudamente. Decir *Ost-Berlin* estaba oficial y absolutamente prohibido. A mi regreso, en el control fronterizo, que tuvo lugar en la estación de Leipzig, un guardia me preguntó de dónde venía, y respondiendo "Berlín oriental", me gritaron que tal lugar no existía en absoluto. Sólo existía *Berlin Hauptstadt der DDR*, la Berlín capital de la República Democrática alemana.

En las calles de la gran capital la gente común desfilaba en los tranvías y en el metro, vestida decentemente, usando los codiciados *jeans* en ocasiones tiernamente ostentados. Y los *Volvo* negros de los hombres del aparato se cruzaban por ahí. La jerarquía desplegada en esta forma de transportarse resultaba estridente y excesiva. Me vino a la mente Orwell y su *Rebelión de la granja*, donde se proclama la igualdad y, sin embargo, unos son "más iguales" que otros. Entre las personas que conocí había quienes sufrieron porque, según me dijeron, oían el estruendo de metro de Berlín Occidental pasando por debajo de su casa. Estaban obsesionados con aquello, porque su condena era no poder tomar nunca ese trayecto. De hecho, algunas de las viejas estaciones eran amuralladas, ladrillo por ladrillo, fueron más allá del largo y amenazador muro gris que dividía inexorablemente la ciudad, custodiado por las torretas de los *Vopos*, la policía fronteriza. Había otras personas, muchas, que sufrían la mutua falta de confianza con sus amigos. El miedo a ser espiado por la poderosa *STASI* significaba que nadie confiaba en nadie. Un conocido me decía que su mejor amigo había desaparecido repentinamente, sólo para saber que había huido a Occidente a través de Hungría (un estratagema que explotó ese verano gracias a la liberalidad y la porosidad de la frontera húngara). Bueno, este conocido mío estaba molesto por el hecho de que su amigo no le había dicho nada a él que le quería mucho sobre su plan de fuga. Y luego traté de justificarlo diciéndole que, tal vez, eso fue una manera de protegerle, de no involucrarle.

En el poco tiempo que pasé en Berlín, se comenzaron a caer las cosas. Si a principios de agosto sentí sólo algunos indicios de descontento, la protesta comenzó a arreciar en septiembre. Recuerdo dos episodios. Al ir a la estación de tren para reservar el viaje de regreso, hice una gran cola. Todos eran jóvenes, y todavía más jóvenes los del mostrador, comprando boletos para Hungría. Cuando el empleado preguntaba "ida y vuelta", "Hin un zurück", la respuesta siempre era, "one way", "nür hinfahrt". Fue un escape masivo. Unos días antes de partir, fui a la ópera a ver *El rapto en el serrallo*, de Mozart. La Ópera era un edificio nuevo, todo espejo y oros, "protzig", pretencioso, frente al museo Pergamon. La audiencia en el pasillo era

muy grande. Y en el momento en que uno de los cantantes pronunció una tímida frase en propuesta contra el sultán, en la historia que se cuenta en la pieza de ópera, un estruendoso aplauso inundó toda la sala. Fue una protesta contra la autoridad, contra las bondades del partido. Algo parecido a lo que pasó en los teatros de Milán o Parma en nuestro *Risorgimento*. Era la primera vez que había sucedido. El aire había cambiado. La gente estaba en movimiento. Esto fue antes de que esa misma gente comenzara a manifestaciones masivas, agitando el lema “Wir sind das Volk”, “nosotros somos el pueblo” para, finalmente, gracias a la debilidad de de Gorbachov, derrumbar el régimen.

Un tercer episodio aún más revelador del clima de opresión. A mi regreso, en el puesto de control de Leipzig, los guardias subieron a los vagones, marchando de un compartimento a otro. Comprobaron los documentos y contaron cuánto equipaje llevaba cada viajero. Y si los alemanes orientales tenían mucho equipaje, lo que los hacía sospechosos de un intento de expatriación, eran obligados a descender sin mucha cortesía, arrojando sus maletas desde las ventanas a los andenes. Algo similar sucedió en mi compartimento con una chica sentada frente a mí, que fue tomada por la fuerza y obligada entre lágrimas a no continuar su viaje a Checoslovaquia. No se concedía un derecho a salir del Estado.

2.-

En la tarde del 9 de noviembre de 1989 no estaba en Berlín, sino viajando de Salzburgo a Bolonia. Tuve que cambiarme en una estación remota de los Alpes austriacos cuyo nombre no recuerdo ahora. Entré en el bar y allí en la televisión se daban noticias de la apertura del Muro de Berlín. Podías ver a las masas trepando el Muro sin que la policía interviniera. Nadie podía realmente creerlo. Las noticias eran sensacionales. Significaban el fin de una era. Todo el mundo estábamos allí mirando la pantalla, conscientes de que era una hora histórica, y que pronto el “socialismo real” se derrumbaría. Y así fue. Todos creíamos en el comienzo de una nueva era. Con el fin de la Guerra Fría, se abría una nueva etapa de paz y prosperidad. Eso esperábamos. El nacionalismo parecía ceder paso al cosmopolitismo. Bruce Ackermann escribió un libro celebrando la “revolución liberal”. Francis Fukuyama habló con fuerza del “fin de la historia”. Yo no fue la sociedad sin clases la que cerró la historia, entendida como una larga sucesión de conflictos y vicisitudes, sino el triunfo definitivo del capitalismo del “siglo americano”.

Pero después de 1989 vino el año de 1990. Y con él, la invasión a Kuwait por parte de Iraq, e inmediatamente después, la invasión a Iraq por parte de las tropas estadounidenses y sus aliados. Esto sancionó el fin del mundo bipolar gobernado por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Comenzó otra fase en las relaciones internacionales: la era unipolar del poder estadounidense, ahora sin

el rival ruso, “the indispensable nation” en palabras de Madeleine Albright, secretario de estado durante la presidencia de Clinton. La Guerra del Golfo fue el sello. Luego se abrió la larga temporada de la Guerra de los Balcanes y la disolución de Yugoslavia, que nos hizo revivir los horrores del Holocausto. Sin embargo, el optimismo persistía. Y en tal clima se produce el Tratado de Maastrich de 1992 que da vida a la Unión Europea, a la “ciudadanía europea”, y abre el camino a la unión monetaria, es decir, a la introducción de la moneda única, el euro. El Derecho de la Unión ahora más que nunca aspira a presentarse como “Derecho después de Auschwitz”, *soft law*, “suave” o “mite”.

En esos mismos años el sistema político italiano cambió profundamente. La “primera república” que surgió de la Segunda Guerra Mundial se disolvió a golpes de martillo por los jueces de Milán. Es la aventura de “Manos limpias”. El sistema de partidos se derrumbó, primero el partido socialista y luego, después, el partido comunista y la democracia cristiana, acompañados de pequeños partidos (liberales, republicanos, socialdemócratas) que eran sus satélites. Falta la “Constitución material” que había apoyado la Constitución republicana formal de 1948. Y otros protagonistas aparecen en el escenario político, la “Liga Norte” y la compañía del partido de Silvio Berlusconi, ambos ajenos, sino hostiles, a los valores republicanos y, en todo caso, a la historia que ellos habían producido. Al mismo tiempo la economía, hasta ahora “mixta”, con una fuerte presencia e intervención estatal, se privatiza rápidamente y a precio barato. Italia entra en una nueva era de turbulencia e inestabilidad, de la que desafortunadamente aún no ha salido. Esta transformación radical es también en parte el resultado de aquel de 9 de noviembre de 1989, que liberó al *Bel Paese* de la protección ejercida sobre él a causa de la Guerra Fría y del carácter fronterizo de su posición geopolítica. Italia, una vez que el Muro de Berlín se había derrumbado, se volvió mucho menos importante estratégicamente hablando, mientras que Alemania recuperó su unidad y se perfiló, una vez más, como la nación hegemónica del continente europeo. La política interna de Italia se libera de su anterior y estrecha dependencia de la política exterior. Procesos parecidos se viven en otros países de Europa occidental.

Por tanto, la Europa en la que hoy vivimos es en gran medida el producto de ese histórico 9 de noviembre de hace treinta años. Después de todo, el 9 de noviembre es también una fecha fatídica. El 9 de noviembre de 1918 la República fue declarada en Alemania, y el Káiser abdicó. El 9 de noviembre de 1923, y no es sorprendente, es la fecha del golpe fallido de Hitler en Munich. Y el 9 de noviembre de 1937 es la fecha de la “Noche de Cristal”, “Kristallnacht”, en la que los nazis se desatan abierta y furiosamente contra la población judía y queman sus sinagogas. Y el 9 de noviembre de 1799, *18 Brumaire* en el calendario revolucionario, había sido el día en que Napoleón

había tomado el poder en Francia con un golpe de estado, disolviendo el Parlamento.

La reorganización y los reacomodos que han tenido lugar desde 1989 explican lo que nos es dado vivir hoy en día. El fin del "socialismo real" relanza el capitalismo desenfrenado a la manera del estilo "manchesteriano" típico del siglo XIX, el mundo de la gente desesperada de Charles Dickens. Casi parece que las agujas de la historia van hacia atrás. Al referirse a esta cuestión Umberto Eco habla de un movimiento del "cangrejo", que va, de hecho, "hacia atrás". La "gran transformación" del siglo XX, inteligentemente estudiada y discutida por Karl Polanyi en su espléndido ensayo *The Great Transformation* de 1939, parecía ahora ser la de un sistema de mercado ahora domesticado, "embedded capitalism", un capitalismo controlado mediante la intervención activa de las autoridades públicas. El *New Deal* de Roosevelt había puesto fin a los excesos del capitalismo financiero y especulativo responsable de la terrible crisis de 1929. En 1944, los estadounidenses reorganizaron el sistema financiero mundial mediante los acuerdos de Bretton Woods, con el fin de evitar los exagerados desequilibrios de los tipos de cambio que había exacerbado la crisis de 1929. Y después de la Segunda Guerra Mundial en Europa Occidental, el programa que dominaba era socialdemócrata, el Estado social de Derecho prevalecía en todas partes, incluso si se materializaba de distintas maneras, según las diferentes contingencias nacionales. En varios países, en Italia por ejemplo, pero también en el Reino Unido, se cree que el sistema es ahora el de una "economía mixta", compartida entre la empresa privada y la pública. Francia, después de la guerra, tiene un importante sistema de planificación económica pública.

Todo lo anterior libera muchísima energía en la sociedad, mezclando las clases sociales. El *Wall Street Journal* en un número de 1970 debe comunicar a los lectores que los trabajadores ya no tienen miedo. El Reino Unido en la primera mitad de los años setenta fue atravesado por una ola masiva de huelgas de trabajadores, comenzando por la muy famosa de los mineros que obligó a los británicos a permanecer sin luz un par de noches a la semana. El invierno inglés de 1978-1979 se recuerda como "the winter of discontent". Y entonces el espectro de la "ingobernabilidad" comienza a agitarse. Las masas, se dice, repitiendo un viejo tópico, son insaciables e intrínsecamente turbulentas. Esto reduce la productividad y las ganancias, así como alimenta la incertidumbre de la "empresa" y los "mercados". Entonces debemos poder volver a una situación de orden y disciplina en las relaciones sociales. La jerarquía y el "miedo" del futuro deben ser restaurados. Un trabajo permanente no hace que el trabajador sea productivo. Al contrario, al eliminar su miedo se vuelve inmanejable. Esto da un nuevo clima de conflicto social y cultural, en el que el neoliberalismo se opone al bienestarismo, y lo que parecía marginal y anticuado, la idea del mercado como un regulador automático de la producción y el

consumo, ahora vuelve firmemente a establecerse como un criterio directivo, de política económica. El año de 1979 termina en Inglaterra con la victoria electoral de la Señora Thatcher y, con ella, el inicio de una agresiva venganza del gobierno capitalista a la vida y convivencia de los trabajadores. Por una coincidencia sugestiva, es el mismo año de las conferencias en el *Collège de France* ofrecidas por Michael Foucault sobre *biopolítica* en las cuales se discute de la gobernabilidad neoliberal como gestión de la existencia vital del individuo, inversión y al mismo tiempo consolidación de la intuición marxista de las necesidades como estructura fundadora del orden político.

3.-

A los años setenta del siglo pasado, años turbulentos de grandes huelgas y conquistas sociales, le siguieron los ochentas. El número de horas en huelga se reducen drásticamente, los salarios se congelan, la "scala mobile", es decir el aumento automático de los salarios según la inflación, es abolida en Italia, y en todas partes se comienzan a liberalizar los movimientos de capitales así como a privatizar empresas públicas propiedad del Estado. En 1971, los Estados Unidos denuncian los acuerdos de Bretton Woods, que les impedían imprimir dinero libremente, provocando la inestabilidad del tipo de cambio. Con el Acta Única Europea de 1986, se inauguró la transición del "mercado común", "common market", básicamente una unión aduanera, al "mercado único", "single market", que es algo completamente distinto. Se trata de una "Constitución económica", a la manera ordoliberal, es decir, el establecimiento de un modelo económico de libre mercado altamente competitivo, entre actores económicos públicos y privados que se garantiza constitucionalmente por vía judicial, a través de la jurisprudencia del Tribunal Europeo de Justicia, y por vía administrativa/legislativa por medio del trabajo de seguimiento, aprobación y homogeneización realizado por la Comisión Europea. Y en este punto llega la onda expansiva de 1989. Los países del "socialismo real" abandonan el sistema socialista. En las sociedades donde no hay propiedad privada, la misma se reintroduce de la noche a la mañana, con medidas que provienen desde arriba y de un sistema de legislación neoliberal. Son los *Chicago Boys* los que trabajaban en las capitales de Europa del Este. Son ellos, los seguidores de Milton Friedman y del libre mercado, con los libros de Ayn Rand bajo su brazo, los que reconstruyen la economía de esos países. Es una obra que puede llamarse revolucionaria, o contra-revolucionaria, si se prefiere, de enorme alcance, y de la que aun esperamos un estudio general e inteligente. Ahora bien, la Europa de Maastricht se produce y desarrolla en ese tiempo, y el clima cultural y dominante en los países de Europa del Este, el neoliberalismo radical, se está transmitiendo también a las instituciones europeas, debido a la

ampliación de la Unión en 2004, cuando de un solo golpe se unieron diez nuevos Estados miembros, incluidos algunos que habían sido partes de la propia Unión Soviética. La globalización, la ampliación de la Unión, la privatización, son casi sinónimos y definen procesos que se superponen y se apoyan mutuamente.

Esto se da en un contexto político también “liberalizado” o “desregulado”, en el sentido de un desmantelamiento regresivo de las estructuras de contención de los conflictos internacionales y de la fuerza “bruta”. El orden que se ha construido laboriosamente entre los Estados desde la creación de las Naciones Unidas en 1945 parece estar sufriendo un trabajo de *erosión selectiva*, que empuja hacia la afirmación de poderes fácticos globales que escapan a las instituciones y normas del Derecho Internacional. La Unión Europea parecería contradecir esta evolución, sino fuera por el hecho de que después de la crisis financiera de 2010 y el rescate de Grecia ha pasado mucha agua por debajo de los puentes de esta extraña confederación de Estados, y que una legislación de emergencia ha solidificado radicalmente, por un lado, la transferencia de soberanía a instituciones epistemológicas y tecnocráticas supra-nacionales, como el Banco Central Europeo. Pero gran parte de esa “solidificación” se ha logrado refiriéndose a los mercados, por ejemplo, involucrando en el edificio europeo a una institución ajena por él, el Fondo Monetario Internacional. El “sólido” aquí hace referencia al “líquido”. Y con esto se justifica. Sin embargo, el “soft law” resulta ser todo menos “suave”, se ha convertido en el ordenamiento jurídico del acreedor, al que el deudor está sujeto estrictos protocolos de “condicionalidad”.

La impresión sigue siendo de desorden. La onda expansiva del 9 de noviembre de 1989 aún no ha concluido. Y nos esperan nuevas turbulencias y “liberalizaciones”. El Brexit también puede interpretarse en esta clave, como una empresa más de demolición, “liquidación”, “liberalización”.

[Traducción de Francisco M. MORA-SIFUENTES]